

# EL ARGGA

## DIARIO DE LA TARDE POLITICO Y LITERARIO.

### UNION VASCONAVARRA.

Precios de suscripcion.

En Pamplona 1 peseta al mes.  
Fuera 3'50 pesetas trimestre.  
Extranjero y Ultramar, 10 id. id.

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precio convencional.  
Número suelto, cinco céntimos.

Puntos de suscripcion.

PAMPLONA.  
En la Administración y Redacción  
Paseo de Valencia, núm. 28.  
FUERA DE PAMPLONA.  
Por corresponsales ó giro á favor de la  
Administración en libranzas ó sellos de  
correos.

### LAS ELECCIONES

MUNICIPALES DE PAMPLONA.

Hace muchos años que en nuestra ciudad no se han visto elecciones más animadas y concurridas, que las que terminaron el miércoles. Nosotros nos hubiésemos contentado con hacer resaltar éste hecho, tan deseado por todos los que censuran la indiferencia pública en asuntos de esta importancia, si *El Navarro*, imitando al gallo de Moron, no hubiese cometido otra nueva imprudencia, publicando ayer un artículo plagado de inexactitudes, lleno de juicios erróneos y de insinuaciones malévolas, apropósito únicamente para turbar más y más el raciocinio de los escasos sectarios que le toman por oráculo. Historia ó cuento viejo y sabido es el de aquel cómico malo que en tiempos ominosos gritaba «viva el Rey absoluto,» para hacerse aplaudir; lo mismo le pasa á nuestro vecino sin *képis*, quien cuando se dibuja alguna tendencia que no cabe dentro del ideal político que defiende y no es otro que aquí en Navarra andemos siempre divididos y revueltos en bandos y parcialidades, se encara con los contrarios y les grita *carlistas!* con la seguridad de obtener los aplausos frenéticos de los grupos defensores de la *civilización y el progreso*, y llevarles cojidos de las narices, á donde más convenga á los designios del Júpiter que hoy pretende ser el árbitro absoluto de los destinos de Navarra. El artículo de ayer de *El Navarro*, nos pone la pluma en la mano y no la soltaremos hasta decir todo lo que sabemos de asuntos electorales, que no es poco; ya que hay quien habla récio é inexacto, justo es que haya

quien ponga las cosas en su verdadero punto; á fin de que no se abuse tanto de huecas declamaciones.

La primera verdad de que hay que partir es la siguiente: en Pamplona no existe partido liberal monárquico. Las cincuenta ó sesenta personas, restos del antiguo partido progresista, que permanecen fieles á su histórica bandera, se quedaron sin hueste; forman hoy un estado mayor sin soldados; pues éstos militan en las filas republicanas, ó democráticas, como se llaman actualmente. Sin necesidad de insistir más en este punto nuestros lectores comprenderán cuán violenta era la situación de la primera autoridad civil de la provincia, condenada á no poder sacar con sus propias fuerzas, se entiende, un solo concejal adicto al Gobierno que represente. En tiempos pasados, otras personas constituidas en idéntica autoridad, supieron salvar hábilmente la misma dificultad en que se encontraban, sin acudir á concesiones bochornosas, solicitando el apoyo de algun elemento influyente que viera satisfechas sus aspiraciones de orden y religiosidad con los candidatos propuestos; pero quien diariamente incita ó consiente, por lo ménos, en sus amigos, una campaña exclusivista, de bandera, de intransigencia, casi de razas, pensó sin duda alguna, que ciertas puertas no se le abrirían y corrió á buscar su salvación por otros caminos.

Entónces comenzó aquella série de negociaciones, arreglos, tratos y contratos, que convirtió á una importante dependencia administrativa, en una especie de sucursal del club democrático, realizada con el objeto de luchar en un solo colegio, pues á éste espacio de terreno quedaron reducidos en un ins-

sante, los sueños de dominacion universal, y como quiera que el colegio del Teatro, ha sido hasta ahora, por su especial demarcacion, la *estufa* del liberalismo pamplonés, á combatir con probabilidades de éxito en este colegio se encaminaron las más vehementes de las aspiraciones. El arreglo fracasó, no sabemos por culpa de quién, ni nos importa, y llegó el día de las elecciones presentándose cada partido á votar las mesas, con candidatura propia. La circunstancia de haber obtenido la candidatura de la «Union pamplonesa» nada más que mayoría relativa, debió despertar los mal amortiguados deseos de *contubernio*, como diría *El Navarro* y descubrir la posibilidad de alcanzar un triunfo uniendo las fuerzas liberales, democráticas y monárquicas.

En situación algo parecida Ricardo III exclamó: *ami reino por un caballo*, y aunque aquí lo que precisamente se trataba de conservar era el *reino* y nó la vida como el monarca inglés, alguna frase bastante semejante hubo de resonar en cierto punto, pues comenzaron nuevamente los cabildos, las visitas, los preliminares de componendas, mientras la turba multa de servidores daba la voz de orden por cafés, calles y plazuelas: *«es preciso derrotar á los facciosos»*, frase que siempre hace efecto entre los afiliados á un partido que durante el reinado de D. Isabel II acostumbró sublevarse dos ó tres veces cada año.

Mientras los químicos preparaban la *fusion*, los demás caciques y caciquillos se dedicaban á la pesca de votos, hablando á unos, suplicando á otros, mandado á los demás, consiguiendo que los empleados del Municipio y de la provincia fueran con una exponta-

neidad y unanimidad admirables á depositar sus sufragios en pró de la candidatura liberal y que nó quedara uniformé apollillado de benemérito en casa sin hacer un acto de oposicion legal á los eternos enemigos de la libertad, de la patria y de la *civilización*. Uno de los anzuelos más ingeniosos empleados en la susodicha pesca es el siguiente: «El comité liberal de Pamplona, suplica á Vd. tome parte en la votacion, emitiendo su sufragio en el Teatro con la adjunta candidatura. Por el Comité, *Joaquín María Gastón, vocal secretario.*» Apuntes para la historia de las *tres naturalezas*. Este y otros medios más ó ménos persuasivos fueron produciendo su efecto y los votos del partido liberal dieron todo lo que podían dar de sí.

Pero no bastaban; los votos de la democracia eran imprescindibles para alcanzar el triunfo, y esos, no sabemos cómo, vinieron á apoyar la candidatura monárquica el tercer día, dándole una mayoría de *veintin votos*. Era verdaderamente notable ver cómo los demócratas, con esa disciplina que tanto les honra como partido, acudían á depositar sus sufragios en favor de la persona que con sus amigos el célebre 3 de Enero, ocupó el asiento que ocupaban los republicanos, lanzados de la Casa consistorial, por las bayonetas de Primo de Rivera; era verdaderamente notable ver cómo un partido que siempre ha procedido con formalidad y entereza, dejaba de ser tal partido aunque momentáneamente, para convertirse en alabardero de un gobernador; y esto es tanto más notable, cuanto que los candidatos democráticos eran batidos en los demás colegios, y era por lo tanto lógica y ra-

### AVENTURAS II)

#### DE ARTURO GORDON PYM.

Nunca música alguna resonó á mi oído con tanta delicia como aquel rumor.

Animado por la más ardiente inquietud apliqué mi oído para ver el efecto que aquel rumor producía en Augusto, pues me constaba que la persona que pronunciaba mi nombre no podía ser otra que mi amigo.

Todo continuó en silencio por espacio de algunos instantes.

Por fin al cabo de mucho tiempo oí de nuevo la voz que pronunció el nombre claro y distinto de *Arturo*, nombre que repitió muchas veces con un acento que indicaba la vacilacion y la duda.

La Esperanza, renaciendo en mi pecho, desató de pronto mi voz encadenada y respondí con acento mucho más fuerte:

—¡Augustol ¡oh! ¡Augustol  
—¡Chist!... ¡calla por el amor de Dios! replicó mi amigo con voz en que la agitación palpítaba; vengo á socorrerte... luego...

tan luego como me haya abierto paso á través de la cala.

Por mucho tiempo oí rumor de pasos entre los fardos y toneles y cada instante me parecía un siglo.

En fin, acabé por sentir que una mano se aplicaba sobre mi espalda y que al mismo tiempo otra mano llebaba una botella de agua á mis labios.

Los que únicamente han sido salvados de entre las garras de la muerte, ó que han conocido las torturas de la sed en circunstancias tan complicadas como las que me asediaron en mi lúgubre prision, pueden formarse una idea de las inefables delicias que me causó aquella agua, bebida de un tiron, sin que yo tomase aliento y sintiendo en ello un placer y una voluptuosidad indescriptibles.

Cuando hube apagado mi sed, Augusto sacó de su bolsillo tres ó cuatro patatas cocidas que yo devoré con auidez.

Así mismo habia traído una linterna sordamente encendida y sus deliciosos rayos no me causaron ménos placer que el agua y las patatas.

Mas yo me hallaba impaciente por cono-

cer la causa de su prolongada ausencia y empezó á contarme lo que habia sucedido á bordo mientras yo permanecía en la cala.

### IV.

#### REVOLUCION Y MATANZA.

El brick, segun yo lo adiviné, habia levado el ancla una hora despues que Augusto me dejó su reloj.

Ya se recordará que hacia tres dias que yo permanecía en la cala, y que durante este tiempo se habia movido tanta gente á bordo, particularmente en la cámara de Augusto, que éste no me podia visitar sin grave riesgo de ser descubierto.

Cuando por fin bajó á la cala, hube de asegurarle que me hallaba perfectamente instalado. Así es que los dias siguientes consideró que no habia necesidad de visitarme.

Esto no obstante acechaba siempre una ocasion propicia para bajar á la cala.

Pero esta ocasion, no se le presentó sino al cuarto dia.

Muchas veces, durante este intervalo, habia tomado la resolucion de manifestar la aventura á su padre y hacer de modo que este instara para que yo subiese; pero nos encontráramos aun cerca de Nantucket, y á juzgar por ciertas frases que al capitán se escapaban, era de temer que al descubrir que yo me hallaba á bordo, hiciese virar la navé en direccion á nuestra ciudad.

Bien considerado, Augusto, segun me dijo, no podia imaginar que yo sufriese alguna necesidad urgente, toda vez que no se lo indicaba acercándole á la trampa.

Esto, como he dicho, sucedía al cuarto dia de haberme dado el reloj y al sétimo de encontrarme en la cala.

En este último dia, Augusto bajó á mi escondrijo sin que me trajese ni agua ni provisiones, porque su idea se reducía tan solo á llamar mi atencion, á hacerme subir hasta la trampa y ofrecerme en su cámara lo que yo necesitase.

Pero cuando se hubo encontrado en la cala, vió que yo dormía y que roncaba muy fuerte.

En las conjeturas que hice á este propo-





